

Natación olímpica, tecnología y fascinación

Entre la flotabilidad de los nadadores y el ahogo
de los ideales olímpicos

Julia Hang

En el famoso cuento de John Cheever, “El nadador”,¹ Neddy Merrill, el protagonista, un hombre de la alta sociedad estadounidense, se propone el desafío de atravesar el condado en el que vive nadando *crawl*, “el estilo de moda en la época”, recorriendo una línea imaginaria formada por las piscinas de sus vecinos que lo conducen hasta llegar a su hogar. En el inicio, mientras aún se encuentra descansado y sereno, reflexiona: “sentirse abrazado y sostenido por el agua verde y cristalina, más que placer, suponía la vuelta a un estado normal de cosas”. En este cuento, la natación se presenta como una metáfora para mostrar la decadencia de la sociedad estadounidense de la época, ya que a lo largo de la historia el protagonista sufrirá en su peregrinación acuática desde las suntuosas fiestas en las piscinas de las grandes mansiones de sus amigos hasta llegar, agotado, dolorido y sin fuerzas, a la realidad de su hogar deshabitado y abandonado.

Si el lector tiene un poco de paciencia comprenderá a lo largo del texto el (sin)sentido de comenzar un escrito sobre natación y tecnología con la escena anterior. Lo primero que se puede anticipar es que en tanto nadadora, socióloga y apasionada de la literatura, comenzar con esa metáfora permite abrir el juego a una serie de sentidos en torno al deporte, particularmente sobre la natación que, a mi entender, se encuentran sintetizados en esa idea de placer y esa vuelta a un estado normal de cosas evocados en el cuento de John Cheever. Quienes hayan pasado horas y horas en entrenamientos en una piscina (o en otro recinto deportivo), sabrán interpretar a lo se refiere el

¹ El cuento se publicó en 1964 en *The New Yorker* y luego fue llevado al cine en 1968 y protagonizado por Burt Lancaster.

protagonista del cuento con ese “estado de normalidad”. Quienes no, espero que lo puedan comprender, ayudados por la lectura de este texto.

Vale la pena aclarar al lector que las ideas presentadas en este artículo se encuentran atravesadas por la subjetividad de su autora.² Esto tampoco quiere decir que se desista de toda idea de objetividad, dado que se buscará mantener el relativismo como un horizonte, con el objetivo de comprender, de la manera más seria posible, los usos de la tecnología en el deporte, particularmente en la natación. Así, a través del análisis de la polémica desatada por el uso de unos novedosos trajes de baño en los Juegos Olímpicos de 2008, se intentará pensar los vínculos entre tecnología y deporte, al mismo tiempo que comprender los motivos por los cuales, más allá de los avances tecnológicos, y lo que algunos autores entienden como pérdida del ideal olímpico, seguimos fascinados y encantados con el deporte moderno.³

PEKÍN 2008: UN AÑO RÉCORD DE RÉCORDS Y POLÉMICAS

El 17 de agosto de 2008, en los Juegos Olímpicos de Pekín, tras ganar la posta combinada masculina, el nadador estadounidense Michael Phelps se convirtió en el primer deportista en obtener ocho medallas doradas en una olimpiada, arrebatándole el récord a su compatriota, el también nadador Mark Spitz, quien en los Juegos Olímpicos de Munich 1972 se había convertido en el máximo héroe deportivo al obtener siete medallas de oro. La imagen del festejo del equipo ganador quedó opacada al concentrarse todas las miradas en la nueva estrella de la natación, o como algunos lo calificarían después, el mejor deportista olímpico de todos los tiempos. Con una altura de casi dos metros y una sonrisa en su rostro, lágrimas en los ojos y un traje de baño con los colores de la bandera estadounidense, Phelps se convirtió en la imagen de unos Juegos Olímpicos marcados por la espectacularidad, tanto por los rendimientos deportivos como por las ceremonias de inauguración y clausura.

Desde el inicio de su participación en los juegos, Michael Phelps fue cosechando oros, récords mundiales y, por supuesto, cada vez más audien-

² Esto no debería asombrar a nadie, ya que los investigadores sociales, en tanto sujetos insertos en la sociedad, portamos valores, moralidades y pasiones.

³ Agradezco al doctor José Garriga Zucal por su lectura atenta y comentarios al trabajo.

cia televisiva. Así se encontraba la autora de este escrito, nadadora, fascinada frente a la televisión, con la emoción a flor de piel con cada nuevo récord y maravillada por la perfección y belleza de su técnica. En parte, quizá por la ausencia de representantes de mi propio país, no quedaba otra opción que “alentar” a ese nadador excepcional. Entre amigos fanáticos del deporte (y algunos no tanto), compañeros de natación y familiares, comentábamos maravillados la hazaña que observábamos. Sin embargo, los más incrédulos ya comenzaban a renegar de los nuevos trajes de baño, y entre teorías conspirativas, restaban mérito a los nadadores, quienes pasaban a ser, para estas visiones, meros portadores de un traje que hacía todo por ellos.

Más allá del increíble rendimiento del nadador estadounidense, las olimpiadas de Pekín 2008 fueron históricas para la natación debido a la gran cantidad de récords mundiales y olímpicos que se batieron: 21 récords mundiales y 30 olímpicos incluyendo entre éstos a nadadores que no lograron medalla de oro pero igualmente rompieron récords. Un año después, en el Mundial de Natación disputado en Roma, se cosecharon 43 nuevos récords, desatándose una gran polémica dado que todos fueron alcanzados por nadadores que utilizaban un novedoso tipo de traje de baño, cuyo secreto se encontraba en paneles de poliuretano en algunas partes del cuerpo, los cuales permitían atrapar aire para aumentar la fuerza de flotación del nadador, cuyo torso y piernas se encontraban cubiertos.⁴ A partir de ahí, la crítica hacia el uso de los trajes se radicalizó. Comentaristas de los medios de comunicación, entrenadores y algunas federaciones nacionales sostenían que se estaba cometiendo un “doping tecnológico”,⁵ por lo que finalmente, tras estas protestas, los trajes de poliuretano fueron prohibidos por la Federación Internacional de Natación (Fina) para las competiciones oficiales. A partir de entonces, la normativa dice: “El material únicamente podrá ser textil. En el caso de los hombres, no podrá llegar por encima del ombligo o por debajo de la rodilla. En el de las mujeres, no podrá ir por encima del cuello, más allá de los hombros o por debajo de la rodilla”.

⁴ Esto llevó a varios competidores a empezar a usar dos o más trajes para aumentar el efecto.

⁵ Agradezco algunas de estas observaciones al profesor Leandro Ranchilio de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), con quien hace algunos años pensamos en conjunto algunas cuestiones sobre la tecnología en el deporte para un trabajo no publicado.

DE LOS SIETE OROS DE SPITZ A LOS OCHO DE PHELPS:
UNA COMPARACIÓN TENDENCIOSA, CON CIERTA
PRODUCTIVIDAD TEÓRICA

Mark Spitz deslumbró en su momento al haber obtenido siete medallas de oro y convertirse en el máximo medallista olímpico. Sin embargo, como muchos contemporáneos espectadores de los Juegos Olímpicos, nunca lo vi nadar. Su imagen se remite a fotos, notas y no mucho más. En videos de Youtube se encuentran todas las pruebas que ganó en las olimpiadas de 1972. De esos documentos se pueden inferir algunas estructuras de la natación y su evolución. Primero, la piscina en la época de la proeza de Spitz estaba al aire libre (algo que ya no se usa en los Juegos Olímpicos). Segundo, las estéticas corporales de los nadadores, y sus estilos, son muy diferentes de lo que se puede observar más de cuarenta años después. Delgado, de pelo largo, bigote tupido, sin antiparras, y con un pequeño bañador donde se estampaba la bandera de Estados Unidos, Spitz arrasó en todas las pruebas que disputó, con una gran ventaja sobre sus competidores. Actualmente podría considerarse una “locura” el hecho de que un nadador posea pelo largo y bigote, ya que además de cuestiones estéticas, esto los podría hacer menos hidrodinámicos a los niveles de competencia. En cuanto a los estilos de nado, si tomamos la mariposa, el estilo en que se destacaron tanto Spitz como Phelps, podemos encontrar diferencias importantes, tanto en la patada como en la posición de los brazos, así como en los movimientos de cintura. Por supuesto, estos cambios no son casuales, sino que responden a todo un conjunto de expertos que han estudiado las maneras más veloces de nadar.

En su clásico texto sobre las técnicas corporales, Marcel Mauss sostiene: “Sé perfectamente que andar, como nadar, como las demás cosas de este tipo, son específicas de determinadas sociedades. Sé que los polinesios no nadan como nosotros y que mi generación no ha nadado como lo hace la generación actual [...] Yo mismo he asistido al cambio de la técnica natatoria a lo largo de nuestra generación”.⁶

⁶ M. Mauss, “Concepto de la técnica corporal”, en *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979, pp. 337-343, esp. p. 337.

Hay algo en este aporte del antropólogo francés que ahora puede parecernos una obviedad, pero que vale la pena recuperar si intentamos comprender la evolución de la natación olímpica con el correr de los años. Su concepto de técnica corporal, como las formas variadas en que los hombres hacen uso de su cuerpo, sociedad por sociedad, nos permite reponer la historicidad de las prácticas deportivas.⁷ Las técnicas corporales cambian. La natación cambia. Al igual que cambian las sociedades en las cuales se desarrolla. No se trata sólo de discutir si el traje hace la diferencia, si es adecuado o no, sino pensar el contexto en el cual se instala la polémica, la cual desborda el sentido común, el periodismo deportivo, a los actores mismos y se extiende, aunque con poco eco, a las ciencias sociales. Aquí, por supuesto, es menester distanciarse de las miradas nostálgicas que ven en la incorporación de la tecnología en el deporte una crisis de los valores del olimpismo.⁸ Pero no se puede desconocer, tampoco, el hecho de que la incorporación de los últimos avances tecnológicos en el deporte se ha jugado en una combinación entre imperativos de mercado, tecnociencia y medios de comunicación.⁹

INTERPRETANDO LOS JUEGOS OLÍMPICOS DESDE UNA SOCIOLOGÍA DE Y EN EL DEPORTE

En su aporte para pensar el vínculo entre tecnología y deporte, María Graciela Rodríguez abre dos interrogantes a partir de los Juegos Olímpicos de Atlanta 1996: ¿De qué se trata hoy el espíritu olímpico? y ¿cómo se articulan las tradiciones con los adelantos tecnológicos?¹⁰ La autora opta por analizar la ceremonia de inauguración, para mostrar el modo en que en los

⁷ En el cuento de Cheever, vimos cómo el *crawl* “era el estilo de moda”.

⁸ Veáanse A. Marrero, “La crisis de la educación física y el auge del deporte espectáculo: dos manifestaciones de la modernidad tardía”, *Educación Física y Ciencia*, vol. 7, 2004-2005, pp. 18-36; J. Britez, “Natación: ¿Pulverización de récords o doping tecnológico?”, ponencia presentada en el X Congreso Argentino y V Latinoamericano de Educación Física y Ciencias de la UNLP, La Plata 9 a 13 de septiembre de 2013, disponible en: <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/37096>>; P. Bourdieu, “Los Juegos Olímpicos: Programa para un análisis”, en *Sobre la Televisión*, Barcelona, Anagrama, 1996, pp. 119-124.

⁹ P. Sibilia, *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

¹⁰ M.G. Rodríguez, “Atlanta y el fuego de los dioses”, *Lecturas: Educación Física y Deportes*, año 2, núm. 8, 1997; disponible en: <<http://www.efdeportes.com/efd8/mgr8.htm#vuelta3>>.

Juegos Olímpicos se negocian tradiciones culturales para ser presentadas y banalizadas para la televisión global, y preguntarse así si existe algún lugar posible y descontaminado donde aún se aloje el espíritu olímpico.

Pierre Bourdieu, por su parte, sostenía que una ciencia social que desee comprender aquello que se alberga en los Juegos Olímpicos debería tomar como objeto el conjunto del campo de producción de los juegos en tanto espectáculo televisado.¹¹ Para el autor francés, el espectáculo deportivo posee dos referentes: uno real, donde la confrontación entre atletas de todo el mundo se lleva a cabo en nombre de ideales universalistas en tanto ritual de marcado tono nacional, y otro oculto, comprendido por el conjunto de representaciones del propio espectáculo que filman y difunden las televisiones de distintos países.¹² Según la óptica de Bourdieu, el campeón olímpico compite con la idea de representar a su nación, pero no es más que el sujeto aparente de esa ficción y, tensionado entre un conjunto de actores, es proclive al dopaje y a someterse a la tecnología industrial que ha transformado su cuerpo en una máquina en pos del rendimiento.

En esta recuperación de aportes, José Barbero sostiene que en las ciencias sociales se han producido, por un lado, relatos de carácter histórico que idealizan los Juegos Olímpicos de la antigua Grecia y presentan al deporte como algo eterno. Y por otro, muchos de estos enfoques han ofrecido explicaciones que conciben la práctica deportiva como una característica de las sociedades avanzadas.¹³ De acuerdo con estas explicaciones, el deporte se ha convertido en un elemento básico de los estilos de vida imperantes en la sociedad postindustrial. Para el autor, lo característico del deporte moderno está dado, sin embargo, por el vínculo entre Estado y capital, lo cual infiere una tensión entre la ideología de un deporte amateur independiente, producto de la iniciativa individual y voluntaria y el espacio deportivo en tanto narrativa espectacular de un Estado que trata de llegar a un auditorio. El autor agrega:

¹¹ P. Bourdieu, *op. cit.*

¹² Allí, el Comité Olímpico Internacional (COI), opera como una gran empresa comercial, en un espectáculo donde conviven los Estados nacionales, un conjunto de agentes, atletas, entrenadores, médicos, organizadores, jueces, cronometradores y, fundamentalmente, la televisión y todos los que producen la reproducción en imágenes y en discursos de ese espectáculo.

¹³ J.I. Barbero, "Introducción", en *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, Genealogía del Poder, 23, 1994.

La narrativa deportiva sirve de base al desarrollo y aplicación de las más sofisticadas tecnologías. Las competiciones deportivas constituyen el gran escenario en el que diferentes grupos financiero-industrial-científico-tecnológicos hacen saber que se encuentran entre los primeros de la fila, tratan de mostrar su primacía sobre los demás y experimentan nuevos productos.¹⁴

De este modo, Barbero concluye que en los Juegos Olímpicos lo que opera es una separación entre una retórica oficial y una real, en la que por un lado se define el deporte como práctica desinteresada que promueve la paz y la amistad entre los pueblos, mientras que por otro se dirimen las disputas entre los grupos económicos y los nacionalismos.

A partir de los trabajos de estos tres autores, podemos encontrar algunos puntos en común: en primer lugar, el rol central de la televisión (o los medios de comunicación masivos) en la construcción del espectáculo “Juegos Olímpicos”. Luego, la colaboración entre Estados nacionales y mercado (donde se incluyen todas las industrias que confluyen en los juegos) y, por último, una especie de doble discurso entre la filosofía amateur del olimpismo y el negocio gigantesco que los juegos representan. Ante estas evidencias no podemos más que estar de acuerdo con los tres autores citados. Ahora bien, estos vínculos perversos son sin embargo conocidos por todos o por casi todos. Lo saben los deportistas, lo denuncian los periodistas —que hablan por ejemplo la corrupción del Comité Olímpico Internacional (COI)—, lo sabe el sentido común del espectador-aficionado, lo denunciamos los científicos sociales. Y no obstante, los juegos siguen existiendo en su formato preestablecido, los seguimos mirando fascinados —a través de cada vez más dispositivos tecnológicos—, nos emocionamos, nos enojamos, exigimos más presupuesto para el deporte nacional. Sabemos que la filosofía amateur en este caso es una ficción, pero elegimos creer en ella. Si corremos entonces el eje de la pregunta y en vez de entender a los atletas como meros representantes irreflexivos de las distintas industrias —médica, textil, farmacéutica, etc.— y de las distintas naciones, y a los espectadores como simples sujetos pasivos que compran la filosofía olímpica que esos juegos le proponen, y tratamos de entender los modos en que se juegan la pasión y la fascinación en los deportes, tal vez nuestros aportes puedan ser diferentes y más productivos.

¹⁴ *Ibid.*, p. 34.

A MODO DE CIERRE

*Soy el nadador, señor, sólo el hombre que nada.
Gracias doy a tus aguas porque en ellas
mis brazos todavía
hacen ruido de alas.*

Hector Viel Temperley, "El nadador"¹⁵

En este sucinto cruce entre la literatura, las ciencias sociales, los Juegos Olímpicos, la tecnología y la natación se ha intentado reponer un debate que trasciende a las ciencias del deporte, aquel que se pregunta acerca de los límites de la tecnología en nuestras sociedades. La intención no ha sido posicionarnos a favor ni en contra, sino intentar comprender estos usos a partir de un deporte particular. Si en las sociedades contemporáneas,¹⁶ la tecnología juega un rol preponderante en las relaciones sociales, sería una ilusión pensar que los Juegos Olímpicos (o el deporte) pueden llegar a ser un reducto descolonizado, descontaminado y puro. Como sostiene Benzecry,¹⁷ los debates contemporáneos que piensan la relación entre los objetos y sus usos se expresan habitualmente a través de la distinción mercantilización-autenticidad, afirmando que la globalización y la comercialización socavan las pretensiones de autenticidad. En nuestro caso, para las posturas críticas, el uso de los bañadores rompería con esa autenticidad, lugar desde el cual los distintos agentes cuestionaron los récords obtenidos en Pekín. Según Benzecry, en estas disputas se juega la oposición entre comunidad, tradición y tecnología, una oposición que debemos superar

¹⁵ H. Viel Temperley, "El nadador", en *El nadador*, Buenos Aires, Emecé, 1967.

¹⁶ "De control" según Deleuze, "capitalismo tardío" según Jameson, "postindustrial", según Bell; véanse G. G. Deleuze, "Posdata sobre las sociedades de control", en C. Ferrer (comp.), *El lenguaje literario*, t. 2, Montevideo, Nordan, 1991; F. Jameson, "La lógica cultural del capitalismo tardío", en *Teoría de la posmodernidad*, Madrid, Trotta, 1996, y D. Bell, *El advenimiento de la sociedad postindustrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza, 1991.

¹⁷ El autor analiza en un trabajo fascinante los usos sociales de la camiseta de Boca Junior y sus significados, a partir de su circulación por los circuitos de fabricación, producción y consumo; muestra la resistencia de los hinchas a la incorporación de la tecnología *dry-fit*, ya que para ellos, "la camiseta tiene que transpirarse". Agradezco a mi colega Andrés Stefoni por recordarme los aportes de Benzecry. C. Benzecry, "Azul y oro. Las múltiples vidas sociales de una camiseta de fútbol", *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm. 12, 2007, pp. 43-70; disponible en: <<http://www.apuntescecy.com.ar/index.php/apuntes/article/view/119/104>>.

para comprender los distintos significados que objetos y prácticas atraviesan en distintos contextos y según los distintos actores.

Para finalizar me gustaría citar a Lidia, una nadadora-máster de 60 años de edad, quien, en una entrevista para la tesis de grado sobre natación en adultos me comentó: “Nadar mariposa me fascina. No siento en ninguna actividad deportiva tanto placer como es el deslizarme en mariposa. Me fascina. El ir, venir, me enloquece [...] Ese deslizarse de mariposa, es una cosa hermosísima. Debe ser como volar, como el vuelo de un pájaro, ese aletear, bueno, yo lo comparo de cierta manera con eso y me gusta”. Este comentario resulta ilustrativo de lo que deseo plantear, ya que en él se destacan los aspectos del placer y el goce, y nos obligan a tomar en serio la materialidad, la productividad específica de este tipo de prácticas. Y en este testimonio en particular se pone en evidencia aún más el modo en que esa materialidad asume una forma corporal, una forma sensible, donde el placer aparece asociado a una actividad corporal característica de los nadadores cuando adquieren y mejoran un “estilo”, “deslizarse”, es decir, desplazarse por el agua con cierta naturalidad, con cierta fluidez, percibiendo cierta armonía entre el cuerpo y el agua. El estado de normalidad que planteaba Neddy Merrill al principio. Esta dimensión sensible de la experiencia en torno a esta práctica deportiva aparece referida también por analogía a otra actividad físico-corporal: el vuelo de un pájaro. Y aquí, intuyo, es donde debemos seguir apuntado si queremos comprender los modos en que la fascinación se juega en torno a los Juegos Olímpicos. Los científicos sociales ya han demostrado el modo en que tecnología, mercado, Estado y deporte se complementan en las sociedades contemporáneas. El desafío ahora es comprender efectivamente los modos en que la fascinación y el placer operan, tanto entre los deportistas como entre los espectadores. ◊

